

**¡Felices los  
que trabajan  
por la Paz!**

**Domingo 17 de Abril**

**“Ojalá escuchéis hoy su voz”**

Hechos 13, 14.43-52

Salmo 99

Apocalipsis 7, 9.14b-17

Juan 10, 27-30

A lo largo de este tiempo Pascual, la liturgia de la Palabra nos viene ofreciendo los relatos de la Resurrección del Señor, tal como la experimentó la primitiva comunidad cristiana. En esta ocasión, el libro de los Hechos de los Apóstoles, nos habla de la manera como los discípulos, luego de experimentar la resurrección, se convierten en testigos valientes de la misma, impulsados por el Espíritu Santo. El texto del Apocalipsis, habla de las grandes dificultades que los seguidores del Señor han tenido que sufrir y cómo se sienten redimidos por la sangre del Cordero. Finalmente, el Evangelio, nos invita a escuchar la voz de Jesús, el buen pastor que nos conoce, y a quien estamos invitados a conocer cada día más. Así, pues, la valentía, la esperanza y la escucha son los tres elementos que podrían centrar la reflexión del día de hoy.

Pasar de ser discípulos a ser misioneros, es lo propio de aquellos que se dejan invadir por la fuerza renovadora del Espíritu del Resucitado, tal como se relata en el libro de los Hechos. Los discípulos del Señor, dejando atrás sus miedos, se lanzaron a anunciar el mensaje del Evangelio a pesar de las adversidades y las contradicciones que tuvieron que enfrentar. Hoy, los bautizados, estamos llamados a superar los obstáculos que se nos presentan en la construcción de un país en paz, en el que habite la justicia y el nombre de Dios pueda ser glorificado. Para ello, contamos con la gracia que se nos regala a través del Espíritu Santo, fruto de la resurrección del Señor. ¡Este es el cimiento de nuestra valentía!

El libro del Apocalipsis nos presenta la vida de comunidades de creyentes que después de haber soportado grandes tribulaciones, pueden sentirse pueblo de Dios, redimido por la sangre del Cordero. Un pueblo que entra a participar de la vida que el Señor nos ofrece. Después de superar los momentos difíciles, gozan ahora de la presencia de Dios. Este es el fruto del esfuerzo y la respuesta a la esperanza.

Todos los colombianos/as, somos llamados por el Señor a construir la paz, poniendo nuestra esperanza solo en Dios, y sabiendo que si Dios resucitó a su Hijo de la muerte, puede también transformar nuestros corazones para que seamos hombres y mujeres de paz. Dice el Papa Francisco: “Si pudo crear el universo de la nada, puede también intervenir en este mundo y vencer cualquier forma de mal. Entonces la injusticia no es invencible” (*Laudato Si'*, 74). ¡Este es el fundamento de nuestra esperanza!



# ¡Felices los que trabajan por la Paz!

Por último, señalemos que en el Evangelio de Juan, Jesús invita a sus discípulos a escuchar su voz, a conocerlo y a recibir la vida eterna que él les ofrece, y por medio de ellos, también a toda la humanidad. Escuchar la voz de Jesús, que se manifiesta en las Sagradas Escrituras, pero también en los acontecimientos de cada día, es para nosotros los cristianos no solo un mandato del Señor sino también una necesidad, puesto que la escucha constante de su voz nos llevará a conocerlo cada vez mejor, amarlo cada día más y a comprometernos con la construcción de su Reino.

Esta voz de Jesús resucitado que resuena hoy en las Sagradas Escrituras, resuena también en el clamor del pueblo colombiano sediento de paz; resuena principalmente en las víctimas del conflicto armado; resuena en la voz de las mujeres, los niños, los campesinos, indígenas y afrocolombianos que son quienes han padecido con mayor rigor los efectos de la violencia; resuena en los victimarios que anhelan dejar las armas para reintegrarse a la vida civil y para convertirse en constructores de paz; resuena, en fin, en la voz de cada hombre y cada mujer colombiana que sueña con un país mejor, con un país en paz, abrazado por la justicia. ¡Este es el resultado de nuestra escucha!

Todos sabemos muy bien que esto no es tarea fácil. Nuestros anhelos de paz se ven obstaculizados por situaciones adversas que aparecen como fruto de nuestra condición de pecadores. Nuestra frágil condición humana, nos lleva a buscar los intereses personales por encima de los intereses comunes; esto genera conflictos y guerras como la que llevamos viviendo tantos años en Colombia. Nuestros egoísmos, envidias, rivalidades y rencores, entre otros factores, hacen difícil la consolidación de esa paz que deseamos para nuestras familias, para nuestras comunidades y para nuestro país.

Pidamos al Señor para que en la celebración de estos días pascuales podamos reconocer de modo especial su presencia en las víctimas y victimarios de la violencia en nuestro país, y para que ellos a su vez reconozcan la presencia del Señor, especialmente en la solidaridad de aquellos que se acercan a consolar al que sufre, a perdonar al culpable, a tender la mano al que busca apoyo. Estos son algunos de los signos de la resurrección y de la paz que estamos llamados a testimoniar en esta Pascua.

